

BEGO-OÑA.



Hoy es gran día para los bascongados que habitamos en la Habana, porque es el de la celebracion de la fiesta que anualmente consagramos á nuestra excelsa patrona la Santísima Virgen Maria bajo la advocacion euskara de Ntra Sra. de Begoña, habiendo comenzado á festejarla anoche saludándola en el templo de Belen entre cantos, músicas y oraciones, con esa tierna y consoladora invocacion que se llama *la Salve*, en que la rendimos nuestros votos y le pedimos su amor como *Reina y madre de misericordia, vida y dulzura y esperanza nuestra, los desterrados, hijos de Eva, que vivimos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.*

Es gran día, porque hoy, como en ningun otro del año se agolpan en nuestra mente todos los recuerdos de la bendita tierra en que el aire purísimo de santas libertades cristianas hoy perdidas, meció nuestra cuna, como sus glorias pasadas, con sus tristezas presentes, y con los presentimientos dudosos del porvenir, que solo la fe en Dios y en el amor de su Santísima Madre, nuestra abogada, nos lo hace traslucir y esperar con halagüeños colores.

Firmes en nuestra fe, hoy como en años pasados, protestando de nuestra fidelidad con el mismo nombre de nuestra amada Virgencita. Quería el Rey David mostrar la constancia de su jefe en aquellas armonías que una sobrenatural inspiracion arrancaba á su harpa, y no han podido ser imitadas por ningun vate, y le decia: «Señor, *mi pié ha permanecido firme en el camino de la rectitud:*» (*pes meus in-directo*) y la Iglesia repite esta protesta toda los días en el Santo Sacrificio de la Misa, y esa es la que nos enseña la Santísima Virgen en su nombre *Bego oña* que quiere decir *quieto, firme, el pie*. Sí, Santísima Madre nuestra, tus hijos de Euskaria, permanecemos firmes, en nuestra fe, en los caminos de la rectitud, que nos comunicaron nuestros padres, como herencia de los suyos, de todos sus antepasados. ¿Cuándo faltó en Euskaria el amor á Vos, que habeis sido siempre su consuelo y esperanza? ¿Y hemos de ser nosotros desleales á la tradicion santa de nuestra tierra, al ejemplo y enseñanza de nuestros padres? ¿Hemos de

afear nosotros con decepcion infame la memoria de nuestros *Padres buenos-superiores*, que invocamos tantas veces diciendo *Aita jaunak*, ó *Aita-jabe onak*?

Oid. Un día, hace tres siglos, penetraba en la nave de la catedral de Sevilla, un hombre de humilde porte, seguido de 18 compañeros, que apenas podían tenerse en pié, y postrado ante un altar, se puso á orar: con los ojos fijos en una imágen de la Santísima Virgen, oraba, y oraban todos fervorosamente, mas no en actitud de corazones atribulados que demandaban consuelo y ayuda, sino con la placidez de una alma serena. Era, y eran marinos que acababan de desembarcar despues de una larga y penosa navegacion de 14.000 leguas por mares no atravesados ántes por nave alguna, entre innumerables peligros, y amargas miserias y desventuras, é iban á cumplir un voto solemne de gratitud ofrecido á Dios en esas horas de triste soledad y terribles temores en medio de un Océano á que no veían fin, por haber salvado sus vidas y haberlos aportado sanos á su patria, despues de realizar una empresa temeraria, pero gloriosa para ella, para la ciencia, para la civilizacion, para la humanidad: era Juan Sebastian Elcano, con sus 18 marineros, que llegaban de dar vuelta al mundo, alta empresa que el Emperador, Rey de España, premió dándole por blason de su inmortal hazaña, un globo terrestre con el lema: *tú el primero me rodeaste*. Y aquellos hombres de alma tan grande, de corazones que afrontaron tantos peligros, doblaban la rodilla humildemente, pero gozosos ante la imágen de una mujer humilde, porque lo era de la *Estrella del mar*, que tantas veces invocaron en su titánica lucha con las olas del Océano, que á cada movimiento abrían á sus piés abismos de muerte; porque aquella mujer era la Virgen María, que desde el cielo oyó las angustiosas voces, y los obsequió, salvándolos de todos los peligros.

Y así han obrado otros muchos ilustres bascongados, cuyos nombres han pasado á la historia decorados con nimbos de gloria. Ahora recordamos, y baste esta cita, lo que nos decia un día enfrente del enemigo, un ilustre general bizcaino: «nunca he comprendido mejor »la divinidad de nuestra Religion, que cuando contemplo á la Virgen al »pié de la Cruz del Calvario, padeciendo ¡tanto! por nosotros, y nombrada allí por su Hijo pendiente de la Cruz, como legado de su amor »á los hombres, madre y refugio de los pecadores».

Y nuestra fe se afirma, y se enaltece y toma bríos para tener fir-

mes nuestros piés en la rectitud, al contemplar á nuestra Patrona en los altares entre luces y flores, y como la verémos esta noche, elevada en alto, sobre sus hombros, por amantes euskaros, y pasearla por las calles entre luces innumerables, y con cánticos y ovaciones acompañada de toda la colonia bascongada, y recordar que viviendo, como nosotros, en la tierra, en vida pobre y humilde, dijo no obstante: «*Bienaventurada me llamarán todas las generaciones,*» y ¡quién lo creyera al verla entónces, sin la luz sobrenatural de la fe, y más, algo despues, desolada en mar de dolores con su Hijo condenado á muerte en infamante suplicio, y ejecutado entre burlas é improperios, abandonado de sus discípulos mismos! ¡Y sin embargo, esa profética frase se ha cumplido al través de diez y nueve siglos, y á pesar de todos los pesares de este nuestro incrédulo tiempo, en él ha sido ensalzada cual nunca ántes, como criatura exceptuada de la mancha del pecado de Adan, *inmaculada desde su concepcion,* y se han escrito en loor de sus excelencias millares de libros, y no obstante no se acaba de celebrarlas todas, y el ingénio humano se declara impotente para agotar la narracion de ellas, diciendo: *de la Virgen María nunca se habla bastante: nunquam satis.*

¿No es este el mejor de los milagros la más alta profecía cumplida, la mejor prenda de la fe? Ah, sí, y pues sería vano empeño en nuestra torpe pluma, cantar dignamente á tan alta Señora, á la que solo nos acerca con confianza el recuerdo de que es madre nuestra, y las madres siempre se achican para abrigar en su regazo á sus hijos, sobre todo á los más pequeños, y á los más desgraciados, ponemos punto á estas líneas, aunque no sin decirle humildemente:

¡Virgen de Begoña! mirad que vuestro pueblo de Euskaria está apenado: se le ha despojado de todo lo que constituía la bienandanza de su vida, y aún le amaga mayor mal: corrientes infernales de ideas, que maldicen de Dios, de Vuestro divino Hijo, y de Vos misma, quieren anegararlo en sus aguas de perdicion: salvadle, madre nuestra; que nosotros correrémos con nuestros hijos, y hermanos y deudos, agradecidos de tanto bien, y tendrémos firme el corazon en vuestro amor, y el pié en el camino de la rectitud. ¡Virgencita de Begoña, salvad á Euskaria!

RAMON MARIA DE ARAIZTEGUI.

(Del *Laurak-Bat*, de la Habana).

